

UN “CROMLECH” PIRENAICO: EL “CROMLECH” DE RAS LASTRAS EN PIEDRAFITA DE JACA

(Artículo publicado en el n.º 2 de la revista de la Asociación “Erata” de Biescas, Diciembre de 2.006).

Asociación Círculo de Geometría Tradicional “Raymond Montercy”.

Es sabido que los vestigios megalíticos son abundantes en toda la cordillera pirenaica, y que estos monumentos prehistóricos presentan aquí estructuras sencillas, y son, en general, de menor tamaño que los de otras regiones europeas.

Probablemente son estas características las que han hecho que muchos de ellos hayan sido más o menos ignorados durante siglos, siendo además, de entre todos los tipos de megalitos, los enterramientos tumulares y los pequeños círculos de piedras, de apariencia aún más modesta, los que han pasado más desapercibidos. La introducción de la maquinaria en el medio rural trajo consigo la destrucción de muchos de estos emplazamientos megalíticos.

Parece, sin embargo, que desde hace algunos años estamos aprendiendo a valorarlos en su verdadera dimensión, evitando más agresiones, al tiempo que se multiplican los datos sobre nuevas localizaciones. Con el convencimiento de que un mejor conocimiento ayudará sin duda a su conservación, en estas páginas se describe y comenta uno de los círculos de piedras mejor conservados en Piedrafita de Jaca.

Algunas generalidades sobre el megalitismo.

El fenómeno megalítico aparece en diferentes épocas y en distintas regiones de todo el planeta. En Europa occidental, el más temprano, se data generalmente entre los 4.500 y 1.500 años (incluso entre los 5.000 y 1.000) a.J.C., ocupando por tanto *grosso modo* desde el Neolítico medio hasta finales de la Edad del Bronce. Durante este largo periodo de tiempo grandes bloques de piedra se yerguen por miles en toda Europa, fenómeno cultural que hoy se designa con un nombre prestado del griego (*mégas*, grande, y *lithos*, piedra).

El megalitismo tiene una importante presencia en la costa atlántica europea, y de manera espectacular, por su número y por su tamaño, en la región francesa de Bretaña, hasta el punto de que distintos tipos de megalitos se conocen hoy internacionalmente bajo los nombres que los eruditos dieciochescos construyeron a partir de antiguas raíces bretonas (nombres que, por otra parte, no son los que los propios bretones utilizan para sus megalitos). Así, asignamos el nombre de **menhires** -de *men* o *maen* (piedra) y *hir* (larga)- a las piedras hincadas verticalmente, bien de manera aislada (lo que en la toponimia latina aparece comúnmente como “*petra-ficta*”) o formando alineaciones; llamamos **dólmenes** -de *dol* o *taol* (mesa)- a las estructuras compuestas de dos o más losas verticales que sostienen una “tapa” horizontal; y se dio en llamar **cromlech** -“piedras redondas en línea curva”- a los círculos de piedras hincadas. A veces, los emplazamientos son un simple amontonamiento de tierra o piedras, lo que se designa con el nombre latino de **túmulo**.

Otras veces se encuentran combinadas varias de estas estructuras: los dólmenes suelen estar recubiertos por un túmulo, o este puede estar rodeado por un círculo de piedras, o círculos y túmulos pueden presentar piedras hincadas en su punto más alto, etc. Muchas de estas piedras presentan además grabados y relieves, y frecuentemente oquedades circulares de tamaño variable, desde “bañeras” de más de un metro de diámetro a pequeños receptáculos de algunos centímetros.

Por último, algunos elementos ya existentes en el paisaje, como montículos o rocas naturales, suelen estar integrados en las alineaciones y estructuras de los emplazamientos megalíticos.



Fig. 1, 2 y 3. Alineamientos de *menhires* en Carnac (Bretaña), *Dolmen* de Aguastuertas (Echo) y los *cromlechs* de “Los Coraos”, en Bihères (Valle de Ossau).

En cuanto a su función, se acepta generalmente su intención “religiosa”, y, en el caso de dólmenes y túmulos, su finalidad sepulcral, a pesar de que no siempre han aparecido restos humanos en las excavaciones arqueológicas, o los restos hallados son a veces muy posteriores a la construcción de los monumentos. Es más razonable pensar que, sencillamente, al igual que hoy en día, los enterramientos se hacían junto a los lugares sagrados, y que sus elementos añadidos tenían también como hoy funciones rituales (símbolos, pilas “bautismales” o de agua bendita, etc.).

Los megalitos en la cultura tradicional.

Perpetuando su función como lugares mágicos o sagrados, los menhires aislados suelen estar aprovechados como hitos o “mugas” limitando terrenos. Muchos otros megalitos han llegado hasta nuestros días asociados a fenómenos sobrenaturales: así, por ejemplo, en la toponimia cercana encontramos los dólmenes de la “*caseta de las brujas*” en Ibirque, o de la “*losa mora*” en Rodellar, o los monolitos conocidos como “*bolos de Sansón*” en Aratorés y Castiello de Jaca (1), y cerca de otros muchos megalitos –o directamente sobre ellos- se edificaron ermitas y santuarios, como en el caso del dolmen de Santa Elena en Biescas, los dólmenes de Tella (Sobrarbe), el conjunto de “*cromlechs*” sobre N^a. S^a. de las Fuentes (valle de Ossau), o N^a. S^a. de Arrako en Belagua, junto a la que subsisten un gran dolmen de corredor y varios “*cromlechs*”.

En la imaginación popular de toda Europa, los megalitos eran también hogares de hadas y duendes -*moros*-, y escondían “ollas de oro” y tesoros fabulosos, lo que llevó a que muchos de ellos fueran derribados y excavados desde épocas muy tempranas (aún pasó no hace muchos años en un túmulo de Embún). El escritor gallego Andrés Martínez

Salazar dio noticia de una Real Cédula de Felipe II, de 1.609, en la que se dio licencia a un tal Pedro Vázquez para abrir *“por sí o por su apoderado (...) tomando para el Rey la parte que le pertenezca (...) algunas sepulturas de gentiles en que se entiende hay oro, plata y otras riquezas de mucho valor”* (2).

Otra leyenda popular igualmente extendida asegura que ciertos grupos de menhires y círculos de piedras, u otras rocas naturales singulares, son personas o animales petrificados, como resultado de un castigo divino a causa de sus pecados.

Los círculos de piedra megalíticos.

Ciñéndonos concretamente a los círculos de piedras, se localizan también sobre todo en las regiones atlánticas de Europa occidental, pero en zonas algo más localizadas y con distintas tipologías. El grupo más importante, con mayores piedras y más numeroso -en torno a mil- es el de las Islas Británicas, subdividido a su vez entre los de Irlanda y Escocia, por un lado, y Cornualles, Gales e Inglaterra por otro. Otros grupos importantes son los de Bretaña y la costa atlántica francesa, los del Sudoeste de Portugal (Alentejo y Algarbe), y los pequeños círculos de piedras de los Pirineos occidentales. Todos ellos se clasifican erróneamente bajo el nombre de “cromlech”, pero es un término hoy tan arraigado que resulta imposible erradicar (3).

Parece que los grandes círculos de piedras de las Islas Británicas fueron construidos en tres épocas sucesivas, entre los 3.000 y los 1.000 años a.J.C. De entre ellos es universalmente conocido el de Stonehenge, en el Sudeste de Inglaterra, cuya complejidad técnica y conceptual nos da algunas claves para despejar la falsa imagen de “pueblos primitivos” que generalmente asociamos a esta época pre-histórica.

El gigantesco “cromlech” de Stonehenge es una compleja estructura situada en el centro de una extensa llanura, rodeado de numerosos túmulos a varios kilómetros de distancia. Su círculo inicial –el exterior- se comenzó a construir en torno al 3.100 a.J.C. con piedras de dolerita azulada traídas desde una distancia de más de 200 km en línea recta, mientras que los dos altos círculos intermedios (el más alto en forma de herradura), popularmente conocidos como “piedras sarsen” (4) fueron construidos, con bloques de gres cercano, en torno al 2.600 a.J.C. Estos dos círculos intermedios estaban compuestos originalmente por 40 monolitos de entre 4,5 m y 7 m de altura que sustentaban 35 dinteles perfectamente nivelados, a pesar de la suave inclinación del terreno. Los dinteles son además, en planta, secciones de circunferencia, y están encajados entre sí, como las piezas de un *puzzle*, y a los monolitos verticales con uniones de semicircunferencia (Fig. 5).

En cuanto a su trazado, toda la estructura está alineada con hitos astronómicos: el eje central está orientado hacia la salida del Sol en el solsticio de verano, mientras que el círculo más externo señalaba posiciones extremas de la Luna, en el que cuatro piedras más altas delimitaban otro rectángulo que, entre otras cosas, permitía prever salidas y puestas del Sol y de la Luna en cuatro festividades importantes (5).

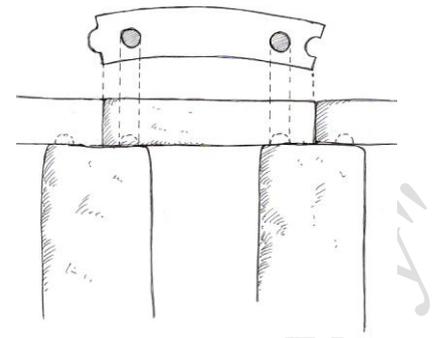


Fig. 4 y 5. Estado actual de Stonehenge, desde su eje Nordeste, y esquema del encaje de los dinteles.

El descubrimiento de la astronomía megalítica.

Habiendo publicado ya en 1.869 el alemán Heinrich Nissen una obra pionera sobre consideraciones astronómicas en los templos, H. de Cleuziou sugirió en 1.874 que los alineamientos de Carnac en Bretaña estaban orientados según las direcciones del ciclo solar -los solsticios y los equinoccios- y Félix Gaillard publicó al respecto “*La Astronomía Prehistórica*” en 1.897. René Merlet retomó y mejoró esta teoría, encontrando numerosas alineaciones solares en los megalitos bretones. En 1.961, G. Charrière descubrió que ciertas alineaciones que en principio resultaban incoherentes tenían relación con el ciclo lunar, encontrando también las primeras conexiones entre la astronomía y la geometría utilizada para trazar los emplazamientos megalíticos.

En Gran Bretaña, Sir Norman Lockyer publicó sus consideraciones astronómicas sobre los templos egipcios en 1.894 y sobre Stonehenge y otros megalitos británicos en 1.906. En 1.963, C.A. Newham descubrió en Stonehenge los vínculos entre astronomía solar y lunar, y en 1.965 el profesor de astronomía norteamericano G. Hawkins publicó su “*Stonehenge descodificado*” que se convirtió pronto en un *best-seller*, a pesar de ser duramente criticado desde la arqueología convencional. Estaba naciendo la “*arqueoastronomía*”, una nueva disciplina que aún hoy se encuentra en sus comienzos.

Especialmente interesante es el trabajo del escocés Alexander Thom (1.894 -1.985), graduado en ingeniería en Glasgow en 1.915 y catedrático en Oxford desde 1.945 hasta su jubilación en 1.961, cuando pudo dedicar toda su atención a los estudios megalíticos, que eran su verdadera pasión, y sobre los que publicó hasta el final de su vida incontables colaboraciones en diferentes revistas, unos cincuenta artículos y cuatro libros. En 1.938 había comenzado ya a realizar planos detallados de emplazamientos megalíticos (labor en la que más tarde le acompañaría su hijo Archie), en 1.955 publicó sus primeras conclusiones estadísticas para Gran Bretaña, y en 1.970 comenzó a estudiar también los megalitos más importantes de la Bretaña francesa.

Thom llegó a importantes conclusiones, muy contestadas -cómo no- por la arqueología convencional: pudo constatar que la posición de los megalitos en el paisaje señalaban movimientos de los distintos cuerpos celestes, pero sobre todo de la Luna; que los círculos de piedras raramente eran verdaderamente circulares, sino que sus trazados revelaban una insospechada complejidad de conocimientos matemáticos y geométricos, con varios arquetipos básicos y subtipos, que también catalogó; y que todas sus dimensiones

respondían a una unidad de medida concreta (2 pies y 9 pulgadas, o 84,72 cm), unidad que él bautizó como “yarda megalítica”.

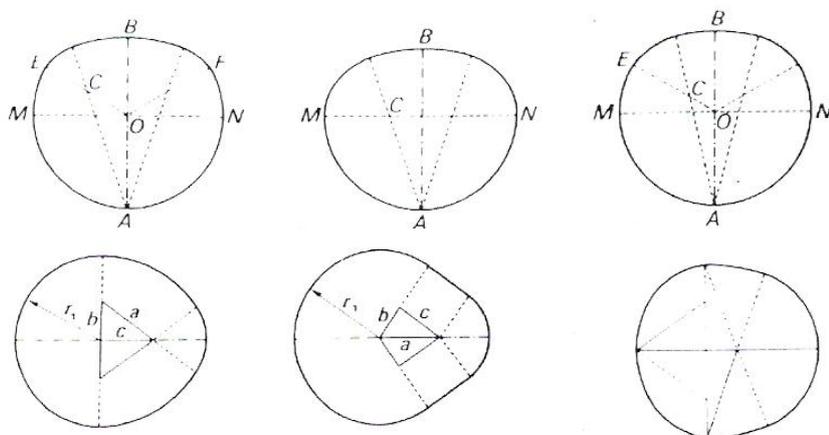


Fig. 6. Principales tipos de “cromlech” según Alexander Thom: arriba, variantes A, B y C del tipo “achatado”; abajo, tipos “ovales” I, II y III.

En 1.981, Michael Hoskins, de la Universidad de Cambridge, director del “*Journal for the History of Astronomy*” (donde también colaboró Thom), tuvo la idea de organizar en Oxford una reunión de astrónomos y arqueólogos, con tal éxito que desde entonces se han ido celebrando cada tres años las “Conferencias Oxford” sobre Astronomía y Cultura en distintos lugares de todo el mundo (en 1.999 lo fue en Tenerife), siendo hoy la referencia más prestigiosa de esta nueva rama interdisciplinar de la ciencia.

Los “cromlech” pirenaicos.

Además de los recintos circulares que rodean algunos túmulos, en los Pirineos occidentales se conocen como “cromlech” unos círculos de piedras de mediano tamaño hincadas en el suelo, por lo general de unos 3 a 8 metros de diámetro, sin relieve en su interior.

“Los cromlech clásicos son los círculos de grandes estelas hincadas en el suelo, abundantes en Gran Bretaña y Bretaña francesa (...) entre los cromlech clásicos y los nuestros no sólo hay distinción de tamaño, sino, muy probablemente, de función” (6).

En efecto, los “cromlech” pirenaicos suponen una excepción entre los grupos de círculos de piedras europeos. Pueden aparecer aislados, pero mayoritariamente se encuentran en grupos de dos, tres o cuatro, o, más excepcionalmente, por decenas, como en el caso de Okabe (en Baja Navarra, con 17 círculos) o “la Corona de los Muertos” de la Selva de Oza (el más numeroso conocido, con unos 70 círculos). A veces, las excavaciones arqueológicas revelan indicios de incineraciones en su interior, y en ocasiones una losa o una pequeña cista central. Se encuentran casi siempre en zonas de terrenos comunales, con mucha visibilidad, y cerca de las rutas tradicionales de conducción del ganado.

En el País Vasco, donde son popularmente conocidos como “*mairu-baratz(ak)*” (“*huertos de moros*”, creencia común también en el Alto Aragón), estos círculos fueron ya estudiados por T. de Aranzadi en 1.915, y posteriormente por Barandiarán (entre 1.949 a 1.962) y Peña Basurto (1.960).

En el País Vasco-francés Jacques Blot ha catalogado desde 1.970, 214 “*cromlech*”, sobre todo en Baja Navarra, además de otros 61 *túmulos-cromlech* y 213 *túmulos “simples”* (7).

En el resto de la vertiente norte, G. Laplace se ocupó de ellos desde 1.948, y posteriormente Claude Blanc y, sobre todo, Geneviève Marsan, del *Musée Pyrénéen* de Lourdes (8).

En el Alto Aragón, Almagro tanteó ya su datación en 1.942 (9), L. Pericot (1.950) y A. Beltrán (entre 1.952 y 1.961) los citan brevemente en sus exploraciones (10), y, más recientemente, Teresa Andrés Rupérez, de la Universidad de Zaragoza, los incluye en varios de sus trabajos. El guipuzcoano Luís Millán Sanemeterio ha localizado numerosos megalitos por todos los Pirineos, y ha realizado una encomiable labor de divulgación mediante colecciones de postales y artículos en revistas y periódicos locales (11).

La datación de estos círculos de piedras supone otra excepción en el conjunto europeo, pues la mayoría de estos autores coinciden en señalar su origen durante el primer milenio a.J.C. Para Barandiarán aparecen como consecuencia de la llegada de los pueblos célticos y la costumbre de la incineración de los cadáveres. Para Peña Basurto son círculos simbólicos, sucesores degenerados de los grandes círculos británicos. Almagro, Andrés, Blot y Marsan los sitúan en la Edad del Hierro.

En 1.998, J. J. Ochoa de Zabalegui introdujo un nuevo punto de vista sobre el tema, al publicar, tras una labor de ocho años, “*Del crómlech pirenaico...*” (12), trabajo que ha ido ampliando desde entonces en sucesivos monográficos y actualizaciones desde su página web. Sus conclusiones son determinantes: todos los “*cromlech*” pirenaicos son representaciones de estrellas (de algunas estrellas concretas de entre las más brillantes), siendo el diámetro del “*cromlech*” proporcional a la intensidad del brillo de la estrella representada, de tal manera que algunas piedras singulares -“*testigos*”- de las que forman el “*cromlech*”, o exteriores a él, señalan en el horizonte, visto desde el centro del círculo, los puntos concretos por donde aparecía o se escondía la estrella representada en la época en la que se construyeron los círculos, lo que tuvo lugar en torno al año 600 a.J.C.; y los grupos de “*cromlech*” dibujan sobre el terreno ciertas secuencias estelares.

Estas estrellas concretas habrían tenido un especial significado en la antigua religión local, heredera a su vez del mundo conceptual originado en la antigua Mesopotamia, lo que, según este autor, puede aún rastrearse a través incluso de la toponimia.

El hecho de “conectar” la tierra a ciertas estrellas por motivos religiosos parece estar en relación con la creencia en la existencia de una ruta específica que seguían las almas de los muertos en su viaje de la Tierra al Cielo, en una época concreta del ciclo anual, lo que explicaría también la elección de estos lugares para los ritos de incineración de los cadáveres.

Por extraña que pueda parecer hoy esta creencia, continuó estando muy extendida durante toda la Antigüedad: Homero lo cita de manera alegórica en la Odisea, en unos versos luego extensamente comentados por Porfirio (13), y aún a finales del siglo IV de nuestra Era está descrita por Macrobio en su “Comentario” a “El Sueño de Escipión” de Cicerón.

J. A. Urbeltz, por su parte, ha profundizado en el posible significado simbólico y ritual del “cromlech” pirenaico, basándose en las denominaciones que lo relacionan con los “moros” (14).

El “cromlech” de ras lastras.

En el entorno de Piedrafita de Jaca no son raros los vestigios megalíticos. Por mencionar los ya publicados, se conocen desde hace tiempo como tales los túmulos que rodean el ibón de Piedrafita, y Millán referencia otros numerosos túmulos y “cromlech” en torno a los ibones de Sabocos y Tramacastilla.

El círculo de piedras que aquí se describe se encuentra siguiendo la pista forestal que desde el núcleo de Piedrafita de Jaca sube hacia el ibón y la base de Telera. Una vez llegados a la barrera que la regula -sobre la zona de aparcamiento del parque faunístico de “Lacuniacha”- hay que seguir durante unos setecientos metros hasta una amplia curva hacia el Oeste (aquí hay también un desvío de la pista hacia el Norte), zona conocida como “As Lastras”, donde se alcanzan los 1.450 m de altitud, y desde donde la vista domina una amplia visual de casi 360° (salvo por un pequeño sector al Noroeste que hoy está oculto por matas de boj y algunos pinos). El círculo se encuentra a la izquierda de la pista -subiendo- que lo rodea por el Norte, y a unos cinco metros del talud de la cuneta.

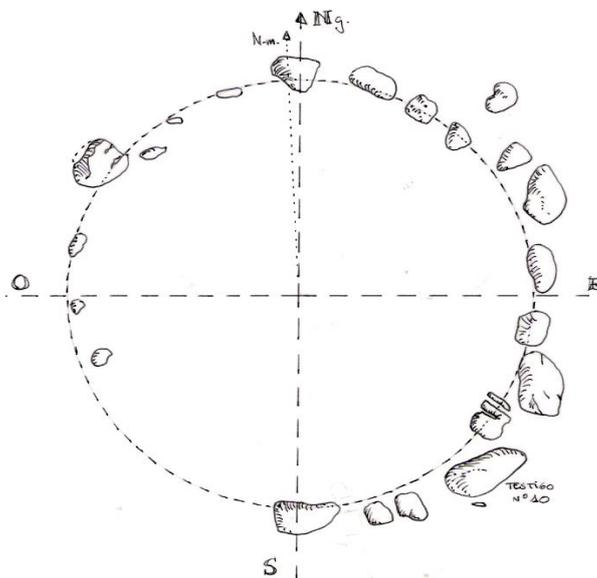


Fig. 7. Croquis de planta del “cromlech” de ras lastras, con sus orientaciones cardinales.

En comparación con otros “cromlech” pirenaicos, al no haber sido excavado, su apariencia es aún más modesta. Parece estar aislado, aunque no podemos saber si la construcción de la pista desplazó otras piedras cercanas. Al estar además sobre un terreno con cierta pendiente, la tierra superficial lo ha ido rellenando desde el Sudoeste, de manera que ha cubierto casi completamente las piedras de ese sector, mientras que las del sector contrario están caídas y algo desplazadas, pero se adivina lo que pudo ser la línea central del trazado, de 6,30 m de diámetro (**Fig. 7**). El testigo mayor, señalado en el croquis con el n.º 10, también está tumbado, tiene 1,20 m de altura y el centro de su base está orientado a 145º del Norte magnético (Agosto 2.006), coincidiendo en la línea de horizonte con el vértice de Peña Rápita (**Fig. 8**).



Fig. 8. Testigo n.º 10, y sector Sudeste del “cromlech”.

En un radio de unos doscientos metros hay otros elementos interesantes: hacia el Sudeste se pueden ver la ermita de la Santa Cruz y un curioso bloque de piedra en el centro del campo conocido como “A Gaya”; subiendo hacia el Sur, ya en el límite de la zona destinada a saleras y sobre el cauce del barranco, parece haber otro “cromlech” tumular con losa central, mucho más deteriorado; hacia el Sudeste hay un gran bloque errático conocido como “Cantal de ro Boz”, y en otra roca algo más alejada en la misma dirección se conserva un pequeño “cuenco” de unos 20 cm; justo al lado del círculo hacia el Oeste, en fin, hay varias rocas ocultas entre las matas de boj.

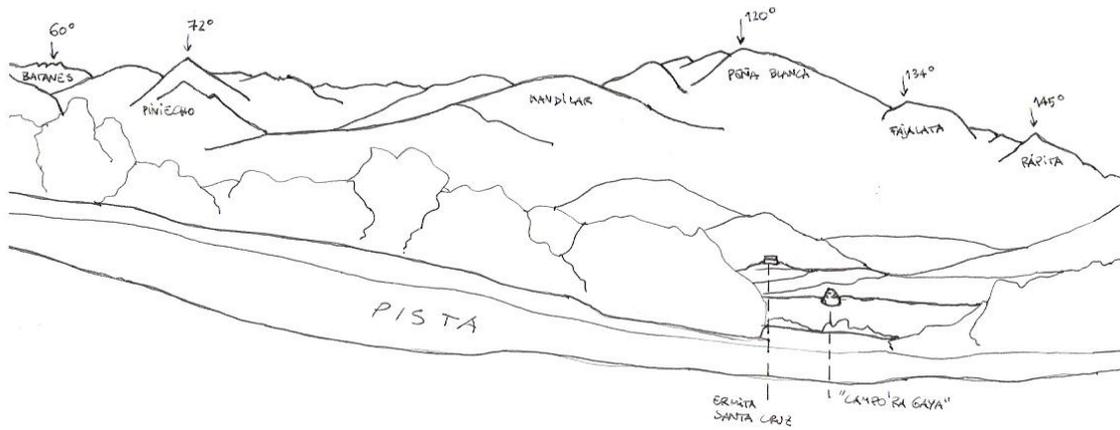


Fig. 8. Línea de horizonte desde el "cromlech" y orientaciones (Norte magnético) hacia el Este y Sudeste.

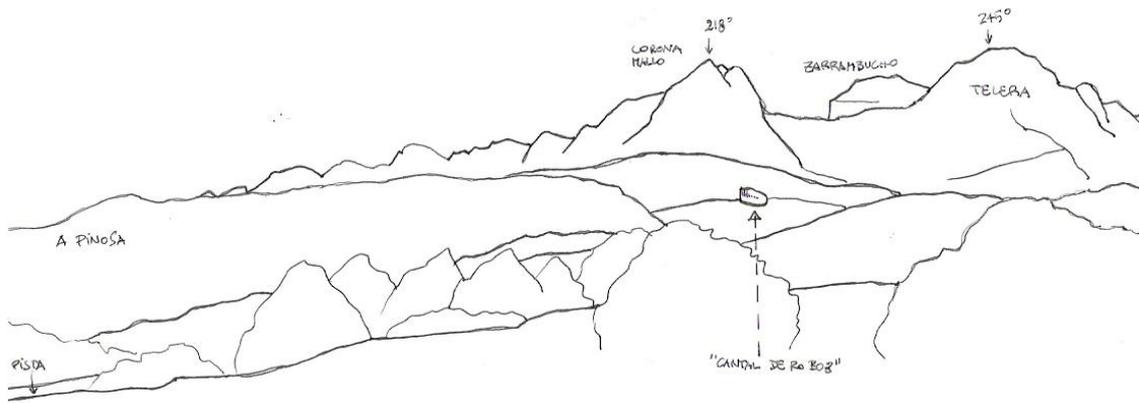


Fig. 9. Línea de horizonte desde el "cromlech" y orientaciones (Norte magnético) hacia el Sur y Sudoeste.

Geometría Trac

nd Mol Arcy

Notas y bibliografía:

- (1) El “bolo de Sansón” en Aratorés, que tiene además un pequeño receptáculo en su vértice, era aún lugar de culto en la primera mitad del siglo XX.
- (2) Andrés Martínez Salazar “*Sobre apertura de mamoa a principios del siglo XVII*”, Boletín de la Real Academia Gallega, tomo III, n.º 25-36, 1.909. Recogido después en su recopilación “*Algunos temas gallegos*” volumen II, publicado por la misma Academia, La Coruña, 1.981.
- (3) Jacques Briard, “*Les cercles de pierres préhistoriques en Europe*”, éd. Errance, Paris, 2000. Según varios autores, “cromlech” fue en origen un término galo para designar dólmenes. Ante su popularización (incluso se ha adoptado en portugués dando la forma “cromeleque”) la mayoría de los autores actuales, estando en desacuerdo, optan por utilizarlo entre comillas. Sobre los círculos de las Islas Británicas, de manera genérica: “*Circles of Stone. The Prehistoric Rings of Britain and Ireland*”, Max Milligan y Aubrey Burl, The Harvill Press, Londres, 1.999.
- (4) “Sarsen” es una corrupción del término medieval “sarecen”, “sarraceno”, en cuanto que sinónimo de “pagano”. Ver por ejemplo: <http://www.etymonline.com> o <http://www.wikimirror.com/Sarsen>
- (5) Sobre el conjunto de Stonehenge es muy clarificador el librito de Robin Heath “*Stonehenge. La astronomía en la prehistoria*”, publicado en español por la editorial Oniro, Barcelona, 2.004.
- (6) M^a Teresa Andrés Rupérez, “*Los ‘cromlech’ pirenaicos*”, 2 Col.loqui Internacional d’Arqueologia de Puigcerdá, 1.976, p. 109.
- (7) En numerosas colaboraciones en el *Bulletin du Musée Basque* de Bayona, y en su libro “*Archéologie et Montagne Basque*” Ed. Elkar, San Sebastián, 1.998.
- (8) En cuanto al Alto Aragón, junto a Pilar Utrilla: “*L’implantation du mégalithisme dans les passages des Pyrénées Centrales. Comparaison des vallées d’Ossau et Tena-Canfranc*”, Congrès National des sociétés historiques et scientifiques, Pau, 1.993, pp. 521-532.
- (9) Martín Almagro, “*La cultura megalítica en el Alto Aragón*”, “*Ampurias*”, IV, p 155 y VI (1.944), pp. 311 y ss.
- (10) Tanto Pericot, que sigue a Almagro (“*Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica*”, Monografías del Instituto de Estudios Pirenaicos n.º 31, 1.950), como Beltrán parecen mostrar un interés casi exclusivo por los dólmenes. Beltrán opina que los “cromlech” “*parecen fondos de cabaña (...) para levantar sobre ellos tiendas cónicas, formando agrupaciones de una veintena como máximo (...) Almagro ya supuso que fueran fondos de chozas, cosa que comprueba ahora nuestro hallazgo de cuchillos, un hogar y la piedra plana de apoyo del poste central*”, (“*Noticia sobre exploraciones dolménicas*”, “*Caesaraugusta*”, n.º 4, 1.954).
- (11) Millán ha publicado en nuestra zona artículos en “*El Pirineo Aragonés*” y en la revista “*Subordán*” de Echo. También junto a Teresa Andrés, “*Nuevos vestigios megalíticos en el Pirineo Aragonés*” (Bolskan, n.º 10, 1.993), con noticias sobre localizaciones en los valles de Aragüés, Aísa, Canfranc, Tena y Benasque. Incluye una fotografía del dolmen del ibón de Sabocos, antes de ser arrasado por la estación de esquí, donde otros “cromlech” subsisten bajo una de las pilonas del telesilla.
- (12) Juan José Ochoa de Zabalegui “*Del crónlech pirenaico. Descodificación astronómica de una religión olvidada*”, Ed. Txertoa, San Sebastián, 1.998 (617 páginas) y www.cromlechpyrene.com.
- (13) Odisea, canto XIII, versos 102-112; “*El antro de las ninfas de Homero comentado por Porfirio*”, en la Revista “*La Puerta*”, n.º 27, 1.987; también en: “*La gruta de las ninfas*” (y “*Carta a Marcela*”) en traducción de Miguel Periago Lorente, ed. Clásicas, Madrid, 1.992; también, junto a otros autores: “*El antro de las ninfas en la Odisea*”, Biblioteca Clásica Gredos n.º 133.
- (14) Juan Antonio Urbeltz Navarro “*Mairubaratz. Los ‘moros’ y el megalitismo pirenaico*” (en prensa).